

El sujeto histórico y su complejidad

*Jaime Caycedo Turriago**

El *Manifiesto del Partido Comunista* pone especial atención en torno a las características originarias de formación, los rasgos estructurales, la función social e histórica, los procesos de ampliación y toma de conciencia del sujeto sociopolítico de los cambios y transformaciones en la abolición y superación del capitalismo.

No podría ser nada menos que esto. El *Manifiesto* trata, francamente, del sujeto revolucionario y su papel histórico. Ese sujeto recorre el mundo como un fantasma, como un mito vuelto un espectro por sus destructores, cuya función es meter miedo y convocar la defensa alarmada de los privilegiados. Existe como un no sujeto, como una realidad simbólica hueca que encarna, por sí sola, el mal. Aun así, la modernidad burguesa lo teme y lo conjura. Esa enajenación global, inducida por todos los reaccionarios de todos los rincones del mundo, de pronto requiere construir su propia realidad, desarrollar una identidad teórica y político-práctica compatible con los hechos, que lanza al escenario histórico a seres humanos reales, surgidos de las entrañas incandescentes del capitalismo y, a la vez, sus verdaderos opositores estructurales. El *Manifiesto* devela el espectro y lo transmuta en una realidad sociopolítica con cuerpo y alma, para que, en adelante, subvierta todos los órdenes injustos y tire los trazos gruesos de un proyecto socio-histórico renovador, el proyecto comunista¹.

* Profesor asociado, Universidad Nacional de Colombia.

Hacia una teoría del sujeto revolucionario

Conviene hablar del sujeto desde el Manifiesto. Se trata de un sujeto real, material, que se propone transformar el mundo. Se resume en él toda una posición filosófica y una teoría política en construcción. Para el Marx joven, la intervención de los seres humanos en el mundo era ya la mayor expresión de humanidad. Para el Marx de las Tesis sobre Feuerbach, la praxis dirigida a transformar el mundo no puede ser sino revolucionaria. El Marx de la primera experiencia política, el que rompe con el “socialismo verdadero” y el “socialismo utópico”, por razones y con argumentos muy diferentes, está poniendo sus ojos en el movimiento social, en el surgimiento de una nueva subjetividad, socializada por el desenvolvimiento impetuoso y fundante del capitalismo, en las particularidades de las luchas que este actor adelanta en su confrontación, cada vez más nítida, con la burguesía.

Sujeto y clase

La raíz de todo sujeto histórico está en la lucha de clases. Pero el sujeto mismo no es reductible a la clase. De hecho un sujeto puede unir o amalgamar varias clases, capas y categorías sociales. No remite, por tanto, sólo a una teoría de las clases sociales y de sus confrontaciones. La configuración de un sujeto socio-transformador pasa no sólo por las estructuras sino por la Historia real. Tres fases o momentos son destacables en una teoría de la formación del sujeto revolucionario, a partir del *Manifiesto*: a) el proletariado surge bajo la hegemonía burguesa; las revoluciones industriales (hoy podemos hablar de tres de ellas), asociadas al desarrollo de las fuerzas productivas y del capital, amplían la base social ligada a las formas asalariadas y dependientes en que se articula la

1. El mito anticomunista antecede el surgimiento del comunismo como proyecto histórico. Es un mito preventivo, una especie de vacuna previa frente al comunismo, en tanto mito social utópico engendrado en las utopías renacentistas y pensado por el pensamiento liberal como una amenaza a la propiedad privada, la relación social de producción esencial al surgimiento y funcionamiento del capitalismo. Es éste el enfoque de la burguesía francesa al mando de la Gran Revolución, al aplastar la insurrección comunista de Gracus Babeuf, en 1796. El mito anticomunista que teme al fantasma del comunismo quiere cumplir un papel ideológico y político desde la dominación, es decir, desde el poder político de clase. Es una función preventiva de desestructuración del sujeto posible, que se está formando en la acción cotidiana de la lucha social. El mito anticomunista fue, ha sido y sigue siendo una herramienta clave de la *enajenación global, en tanto campo ideológico del mundo contrarrevolucionario.*

fuerza de trabajo hasta abarcar la mayoría de la sociedad, primer momento; b) la “unión revolucionaria mediante la asociación” de los obreros dispersos en el plano nacional, pone de manifiesto la lucha de clases como una lucha política; el proletariado se constituye en “partido político”; en esta fase, la clase dominante todavía apela al apoyo del proletariado, pero no puede evitar que éste se cualifique, eduque, experimente y adquiera plena conciencia de su papel, segundo momento; c) el sujeto se hace fluido y se amplía aún más “en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace”: las clases dominantes tienden a desintegrarse y parte de ellas engrosa el proletariado, especialmente “ese sector de los ideólogos burgueses que se ha elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico”; este tercer momento cambia el sentido de la polarización hegemónica en favor del sujeto del cambio. Como lo indica el *Manifiesto*, el desenvolvimiento de estas fases esboza esa especie de “guerra civil” que es la lucha de clases, y que se transforma en “revolución abierta” mediante la cual el nuevo sujeto implanta su dominación².

La historia clásica del sujeto revolucionario o transformador admite comprenderla como un tránsito de lo simple a lo más complejo, de las expresiones de identidad y conciencia “naturales” o espontáneas a la autoconciencia; de la dispersión (el sujeto nace escindido “naturalmente”, primero como obreros aislados, que luego se integran en el plano nacional) a su unidad mediante la asociación; de su dependencia frente a la clase dominante, a su au-

-
2. Martha Harnecker sugería a mediados de los años 80 una sistematización de las experiencias latinoamericanas, en cuanto a la formación de la vanguardia y la perspectiva de contrarrestar su dispersión/multiplicidad por un criterio de vanguardia colectiva. *Vanguardia colectiva y problemas organizativos*, Ediciones de Gente Sur, Buenos Aires, 1990. Sintetizaba los pasos clásicos en las ideas de: 1) la formación de los “capitanes del futuro ejército”; 2) la articulación con el movimiento popular; 3) la conquista de la hegemonía. Los modelos propuestos aludían a las experiencias cubana, nicaragüense y salvadoreña, asociadas todas a desenlaces insurreccionales, con excepción del curso ulterior del proceso salvadoreño. Hoy en día la discusión se acerca más al tema de la relación entre las “vanguardias” y las masas del pueblo (la alianza de las diversas clases y capas populares, potenciales integrantes del sujeto transformador). Dicho de otra forma, al cambio del tipo de relación tradicional del “partido-guía” con las masas, destinadas sólo a seguirlo, y a la complejidad planteada por la diversidad de elementos y fuerzas, en lucha contra el capitalismo pero no todas ellas realmente anticapitalistas. Aquí esbozamos sólo algunas ideas iniciales en relación con la complejidad en la conformación del sujeto único (la búsqueda de la unidad de los revolucionarios y sectores avanzados) y del nuevo papel protagónico de las masas, sus formas de lucha y sus percepciones ideológicas del proyecto antimperialista, anticapitalista y socialista.

tonomía hegemónica que reúne la fuerza y la masa críticas para derrocar el poder existente.

La maduración del sujeto

El sujeto revolucionario potencial emerge de las condiciones de existencia materiales, que el régimen capitalista crea como una necesidad de su propio desarrollo, pero sólo deviene en sujeto eficaz, realmente revolucionario y transformador, cuando su conciencia política está plenamente constituida para alcanzar y ejercer la dominación e iniciar la implantación de su proyecto histórico. Esta maduración del sujeto no es, en forma alguna, espontánea. Es el resultado de la lucha social de clases, de la “guerra civil” oculta, de la “comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico”. En otras palabras, de la acumulación de las fuerzas propias tendiente a la unidad; de la acumulación de contingentes provenientes de otras clases y capas sociales que “se adhieren” y “se pasan” a hacer parte del sujeto; y de la calificación de los factores subjetivos, es decir, de la acumulación y sistematización de la teoría y de la experiencia en la lucha de clases política por un equipo humano, que domina los medios, pacíficos y no pacíficos, de acceder al poder “mediante la conquista de la democracia” en su propio ambiente nacional, derrocando a su propia burguesía, como parte de un proceso internacional, globalista podríamos decir hoy, de cambio y transformación mundiales.

Este modelo de formación y maduración del sujeto resume la experiencia clásica, al alcance de los teóricos de la revolución social a la altura de la mitad del siglo XIX. El Prefacio de 1872 reafirma los tres momentos arriba enunciados: crecimiento asociado al desarrollo industrial, experiencia teórico-política de dos revoluciones, 1848 y Comuna de París de 1871; aprendizaje, con esta última, del papel transformador del Estado por el proletariado, que “no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”, con lo que remite a *La guerra civil en Francia*, donde se sistematiza una comprensión del papel del sujeto en el tránsito revolucionario³.

El “partido comunista” es la fuerza del cambio, la corriente histórica de la transformación social, dirigida por una conciencia de su función, que mira adelante, por encima de las barreras nacionales, y se esfuerza por representar los

3. Ver el Prefacio de 1872 del *Manifiesto*, redactado conjuntamente por Marx y Engels.

intereses del movimiento en su conjunto, en todos los momentos o fases de la lucha por la emancipación social⁴.

La crisis del sujeto

Por eso el “partido” asume, en la historia de las revoluciones del siglo XX, las tareas de la liberación nacional frente al globalismo colonialista y al imperialismo, junto con las tareas de clase y las de la democracia. No siempre el objetivo democrático logró su desarrollo pleno en el socialismo histórico. En la experiencia real sufrió graves distorsiones, en su conjugación con la defensa y permanencia de las revoluciones (en los casos en que las hubo) y de las conquistas sociales avanzadas. Las vicisitudes históricas del sujeto en la vivencia del “socialismo histórico”, muestran una separación entre objetivos sociales transformadores mucho más exigentes y el desenvolvimiento del poder burocratizado y desligado de la base social que esos mismos cambios habían hecho surgir. El sujeto “aprendiz de brujo” no logra conjurar las fuerzas sociales que ha desencadenado, las expectativas que la nueva sociedad ha creado, el nivel cultural más elevado que la experiencia social puso en marcha, muchas veces sin las motivaciones ideológicas y éticas capaces de fundar liderazgo moral, cultural y político duradero por su solidez.

La deslegitimación del sujeto transformador que pierde sus referentes, desbordado por las nuevas necesidades y requerimientos que la sociedad ha engendrado es, sin duda, una de las razones del derrumbe del “socialismo real”. Su crisis, en los casos específicos de la ex-URSS y de Europa oriental, no pudo ser resuelta por la vía de la reestructuración del socialismo, carente de una sólida sustentación teórica y débil en la lucha ideológica, frente a los enemigos siempre vivaces de la enajenación redescubierta: el anticomunismo como “destino manifiesto”, el “mundo libre” como alianza de todos los oportunismos mundiales, la disgregación –sin

4. La idea de partido comprende dos acepciones que no son idénticas. Por una parte evoca el partido político moderno, en tanto organización, línea programática, militancia y presencia política definida. Por otra, lo que Jacques Texier denomina “partido”, en el amplio sentido de corriente, de movimiento, de tendencia”. El *Manifiesto*, en su cuarta parte, esboza una concepción de la política de alianzas, que representa una forma de plantearse la construcción de sujetos concretos, en torno a tareas históricas definidas, que se intercalan tácticamente en el camino hacia el objetivo previsto. Ver, Jacques Texier, *Révolution et Démocratie chez Marx et Engels*, PUF, París, 1998.

dolientes— de los aparatos hegemónicos del socialismo histórico, la desaparición del poder revolucionario.

Reflexiones sobre el sujeto en las condiciones de la periferia

La maduración del sujeto revolucionario en las condiciones de la globalización actual, en el período pos-bipolar, bajo la hegemonía capitalista de orientación neoliberal, no puede suceder bajo las formas de la historia clásica. Los procesos de reestructuración capitalista, de transnacionalización económica y desnacionalización política en el marco capitalista, aproximan los enfoques de la realidad actual al mundo global visionado por Marx y, a la vez, lo alejan de las experiencias concretas que ejemplificó con su extraordinaria capacidad teórica. Esto es muy importante para pensar el presente. Por eso bien cabe la pregunta: ¿En qué momento vivimos? ¿En qué momento de la construcción del sujeto transformador nos hallamos?

Para quienes sólo advierten el sentimiento de la derrota, del derrumbe de socialismo real en la ex-URSS y en Europa oriental, y apelan al retorno de los buenos viejos tiempos donde todo estaba “claro” o donde la fe en los textos restablecía los desequilibrios de la realidad, tanto como a quienes sueñan con este momento como el fin de la historia, la “paz en Colombia” como el final de la historia y el punto de llegada a un desarrollo armonioso con un pueblo “domesticado”, el dilema parecería estar entre la resistencia hasta la extinción o el abandonarlo todo al curso irresistible del globalismo capitalista. Como indica el mismo Prefacio antes citado, “la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes”. A ellas debemos, metódicamente, remitirnos.

¿En qué momento vivimos?

Inmanuel Wallerstein ha introducido una interesante reflexión acerca de las percepciones ideológicas del tiempo y el espacio, que han dominado las ciencias sociales conduciendo a dos modelos restringidos: el tiempo-espacio episódico o geopolítico y el tiempo-espacio eterno. La visión del suceso o del lugar puntuales, intercambiables, anecdóticos, y de un transcurrir siempre igual a sí mismo, inamovible, siempre permanente en un eterno presente. La dinámica de los actores sociales adscritos a la práctica socio-histórica en el desarrollo de la economía-mundo y del moderno sistema

mundial demuestra, para este autor, la existencia de otros modelos, menospreciados por las tendencias predominantes entre los analistas sociales. Los denomina el tiempo-espacio cíclico-ideológico, el tiempo-espacio estructural y el tiempo-espacio transformativo. En su opinión, es preciso examinar los procesos actuales del mundo global, tomando en consideración esta diversidad de formas de existencia del espacio y el tiempo surgida de las prácticas reales, tanto socio-históricas como científicas. El valor de este aserto está en que le da una dimensión creativa a los dos vectores que pueden actuar, con sentido dirigente, en medio de las incertidumbres que se agolpan con el desenvolvimiento de los sucesos globales: la lucha política y la lucha dentro del mundo del conocimiento⁵.

Para el objeto que nos ocupa, podemos decir que el *Manifiesto* nos ubica en un tiempo-espacio estructural y no sólo cíclico-ideológico. La fuerza del relato muestra la forma de la estructura y su eficacia transformadora, la profundidad de los factores que aseguran su dinamismo y la precisa identidad de los sujetos confrontados históricamente. Al mismo tiempo, nos ubica en el vértice de tiempo-espacios transformativos, donde existe la certeza de que el sistema cambiará, sin poderse determinar hoy con igual seguridad que ayer, en qué sentido lo hará; donde la lucha política más amplia y la acción más contundente de un sujeto revolucionario, con capacidad de ser plenamente consciente de su función histórica, puede ayudar a inclinar

-
5. Immanuel Wallerstein, "El espacio-tiempo como base del conocimiento", en *Revista Análisis Político*, No. 32, Sept./Dic. de 1997, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia. Quizás sea posible señalar un cierto estado del sujeto histórico en cada uno de estos momentos, las condiciones de su quehacer, de sus posibilidades de incorporar al grueso de las masas sociales en su proyecto de cambio, las vicisitudes unidas a las experiencias reales de la lucha, en la oposición al capitalismo o en el ejercicio, acertado o no, del proyecto, desde el poder. Postulamos la idea de que el sujeto no deja de estar formando en cada momento del desarrollo del capitalismo como forma dominante en la economía-mundo; que la *diversificación del sujeto* en formas nuevas y diferentes, que se presentan como opciones en los momentos de crisis, pueden ofrecer alternativas de salida a la misma, pero es preciso discernir entre ellas cuáles apuntan en la perspectiva no capitalista; y que frente a cada situación de crisis el sujeto revolucionario debe redefinirse como opción antisistémica, a riesgo de quedarse rezagado ante las nuevas exigencias, expectativas y tareas transformadoras. El cabal conocimiento de la realidad y la lucha política, planteadas por Wallerstein acertadamente como elementos impulsores de las transformaciones, no bastan en general. Hace falta reasumir el tema del poder político como herramienta de cambio en la perspectiva del proyecto histórico, aun en las condiciones de la globalización. El punto es aquí cómo alcanzar el máximo de la hegemonía, que haga posible la autosustentabilidad de ese poder en manos del pueblo.

el resultado sobre un nuevo tiempo-espacio estructural con justicia social, humanización democrática y autosustentabilidad, como parte de una concepción estratégica del comunismo dentro de un panorama de larga duración.

Nos importa intentar mostrar las vicisitudes de la génesis y el desenvolvimiento del sujeto revolucionario, en las condiciones concretas de un país como Colombia. Vale decir, de un país periférico, relativamente estable desde el punto de vista político, con una inserción económica ambigua (legal e ilegal) en el mercado mundial globalizado, y con un conflicto político-militar interno que habla de la hondura de sus fracturas sociales y políticas no resueltas históricamente. Dos órdenes de factores, diferenciados y contradictorios, empujan al cambio en el plazo mediano: la globalización-adaptación económica y política, en el marco del hegemonismo transnacional con dominante norteamericana; y el creciente influjo de la lucha socio-política, armada y no armada, en la definición de los referentes más generales de la crisis política y nacional en franco desarrollo.

El proceso de constitución del sujeto revolucionario al que aludimos, a partir de la visión metodológica propuesta por el *Manifiesto*, ha creado, históricamente, acumulados significativos dotados de una concepción estratégica del cambio social y adaptados al ejercicio práctico de la lucha política y político-insurreccional, en escenarios diversos pero interconectados. Este hecho representa el punto de mayor preocupación del imperialismo y de las clases dominantes en la actual situación de Colombia. Se cumplieron, en cierta manera, los pasos clásicos en las condiciones del desarrollo agro-exportador, industrial y energético-exportador, marcado por la dependencia; el surgimiento de masas asalariadas históricamente activas, junto con un campesinado de excepcionales tradiciones revolucionarias, y sectores medios urbanos, oscilantes entre la acción social independiente y la cooptación política por los aparatos ideológicos del bipartidismo histórico. A comienzos de los años 60 se termina la fase del desarrollo más o menos en los moldes clásicos. Los esfuerzos de la dominación, principalmente oligárquica e imperialista por arrasar *in ovo* los factores antisistémicos que asediaban el régimen político frentenacionalista, como eventuales bases sociales de nuevos momentos insurreccionales en la lucha social agraria, desataron una guerra contrainsurgente permanente como política del Estado. La guerra interna ha separado los escenarios de acción de un sujeto relativamente calificado. Ha generado, para la dominación, un frente político y un frente armado contrainsurgente, uno y otro institucionalizados. El aparato que ejercita esa dominación es un régimen político y social que utiliza la violencia cotidiana como forma de imposición y soporte de su poder de clase; y combina herramientas limitadas de la democracia eleccionaria (representa-

tiva), con medios encubiertos y no encubiertos de terrorismo de Estado como formas de lucha contra el pueblo.

Sujeto y sociedad civil popular

La historia política nos muestra un sujeto transformador escindido formalmente por espacios y formas de lucha diferenciados, en el escenario general de la lucha social de clases. Esa circunstancia de la realidad no cambia la esencia de la identidad del movimiento popular, de sus objetivos históricos asociados a la lucha democrática, antimperialista, social y de base. En vano los teóricos de un concepto abstracto de sociedad civil, toman esta separación como dos mundos aparte, como dos sujetos distintos y contrapuestos. Esta ilusión ideológica pretende hacer de los escenarios históricos diferenciados, sujetos con intereses sociales de clase y políticos diversos, sin comprender un ápice de la profundidad de la crisis estructural del país, que es la que explica en definitiva las vicisitudes de la historia política. La escisión es un elemento de la complejidad del desarrollo del sujeto⁶. Es una característica peculiar de su crecimiento en las condiciones concretas históricas nacionales. Es un momento de creación y ampliación que, al diversificar, enriquece las luchas sociales y políticas con nuevas formas, adecuadas a las condiciones de la lucha de clases, de la conciencia democrática general, de los nuevos movimientos y fuerzas que se incorporan a la búsqueda del cambio revolucionario. Los factores de convergencia de sus objetivos inmediatos y estratégicos exigen una interacción creativa, tendiente a favorecer el crecimiento de la fuerza del movimiento histórico, que no es sólo el crecimiento de las formas militares sino, esencialmente, de la movilización, organización y lucha de masas generalizada, factor decisivo del cambio social y político transformador, es decir, revolucionario.

6. El sujeto surge escindido naturalmente, con lo que queremos decir, disperso. La burguesía hace lo posible por perpetuar esa dispersión, al desestructurar por diversos medios de lucha, en ejercicio de su dominación, el sujeto revolucionario. Aquí nos referimos a un problema más complicado: la separación de los espacios políticos definidos por las formas de lucha armada y no armada, genera también una separación de los componentes del sujeto, otras condiciones de dispersión y, en consecuencia, problemas nuevos en la búsqueda de la unidad de las masas, las fuerzas de izquierda y los movimiento guerrilleros, coincidentes en lo esencial en los aspectos programáticos del cambio sociopolítico. El único antídoto a esta dificultad es la reflexión, el trabajo y la paciencia para tejer los lazos de las nuevas relaciones en el desarrollo mismo de la lucha social y política.

Veamos más de cerca este sujeto complejo en sus formas de existencia. Los componentes no armados del sujeto representan, potencialmente, una masa muy grande de la población asalariada y de trabajadores independientes (en términos clásicos: proletarios, semi proletarios y capas medias en proceso de proletarización), con vínculos muy parciales de organización, espacios y formas de lucha de masas nacionales, regionales, etnosociales, juveniles y de género; débil organización política, débil desarrollo teórico y marcada dispersión político-organizativa. Masivamente, en los últimos 15 años, desvertebrar esta parte de la sociedad, en proceso de estructurarse como sujeto transformador, ha sido el objetivo de la guerra sucia del terrorismo de Estado y su cobertura paramilitar. Simultáneamente, la presión ideológica y de los medios de comunicación monopolizados, el encuadramiento clientelista del bipartidismo dominante y el debilitamiento de la izquierda política, actuante en el espacio legal, ha limitado la dinámica de la formación en sujeto. Un proceso contrarrevolucionario no generalizado (un fascismo dosificado), parcial y dirigido, ha bloqueado transitoriamente el progreso de esa dinámica, potencialmente decisiva para cualquier cambio social y político.

Por su parte, los componentes armados de ese sujeto constituyen un desarrollo avanzado de una especificidad de la lucha guerrillera con carácter prolongado. Algunos de sus destacamentos más avanzados adquieren los perfiles de un pequeño ejército popular. Han constituido, en las dos últimas décadas, un proceso revolucionario no generalizado, por tanto parcial, pero con fuertes ejes regionales y una incidencia nacional en movimiento hacia sus áreas de despliegue estratégico fundamentales: los ejes urbanos. La fuente de su dinámica no es, en la actualidad, la acción de masas de dimensiones significativas, pero sí el estado de ánimo del descontento latente, que explica por qué crecen las organizaciones guerrilleras, fenómeno que no podría ocurrir sin el apoyo del pueblo. El verdadero tamaño del proceso debe advertirse a partir de 1983⁷, cuando se puso en evidencia como realidad política y empezaron a surgir las premisas de un desenlace por la vía de la salida política negociada. El crecimiento de la guerrilla, su desarrollo como un pequeño ejército con capacidad de librar batallas a campo abierto, concentrar fuerzas en regiones y adelantar una guerra de movimientos en el caso de las Farc, muestra que el movimiento insurgente ha incrementado su

7. En 1983 el gobierno de Belisario Betancur suscribió con las Farc un histórico acuerdo de tregua en el municipio de Uribe, departamento del Meta, que permitió un intenso proceso de diálogo, interrumpido el 9 de diciembre de 1990 por el ataque militar contra el área de Casa Verde, por órdenes del presidente César Gaviria.

peso político relativo, y su avance no encuentra obstáculos insalvables en el tipo de accionar contrainsurgente del ejército estatal. La separación de las fuerzas guerrilleras en organizaciones diversas (Farc, ELN, EPL), tampoco ha impedido su desarrollo por separado, aunque, quizás, sí ha inhibido su capacidad de poner en juego potencialidades ampliadas, como en algún momento lo sugirió la existencia de la Coordinadora nacional guerrillera Simón Bolívar. Las consideraciones fundamentales de los estrategas del Pentágono apuntan a destruir el movimiento revolucionario colombiano en su conjunto, pero establecen prioridades y misiones específicas en ese propósito. La prioridad política y militar se dirige contra las Farc, mientras considera a las otras fuerzas guerrilleras como relativamente secundarias pero igualmente objeto de su política de “doble carril”. La intervención militar de EEUU, bajo forma de “ayuda” acrecentada, tecnificada, busca reestructurar la estrategia y el mando del Ejército colombiano bajo la orientación norteamericana, para cambiar la relación de fuerzas en favor de una solución política mediatizadora. La agresión militar, directa, o a través de aliados regionales, es el recurso supremo frente a un agravamiento de la situación en el contexto de la región andino-caribeña, duramente afectada por la crisis.

¿En qué momento de la construcción del sujeto estamos?

Al calor de las experiencias centroamericanas algunos teóricos marxistas, en los años 70 y 80, acuñaron el concepto de *vanguardias colectivas*, para significar la formación de un sujeto único a partir de una cantidad plural de integrantes, cada uno de los cuales cede algo de su identidad particular para hacerse parte de un todo orgánico más amplio, con base en una identidad mayor en un proyecto político unificador que asegura la convergencia. En varios casos (Nicaragua, El Salvador, Guatemala) los procesos convergentes cubrieron a las fuerzas guerrilleras, en el período de la lucha armada y en su reconversión civil, tras el triunfo en Nicaragua o las soluciones negociadas en los otros países. En otros casos, organizaciones políticas de la izquierda lograron unificarse dentro de procesos del tipo *frente amplio*, como en Uruguay, Brasil y México. Hoy todas estas experiencias están sometidas al escrutinio de los resultados políticos, del grado de consecuencia con los planteamientos más avanzados de transformación social y de compromiso con las necesidades y urgencias más radicales del pueblo. En algunos casos, la exclusividad de la práctica política electoral limita la proyección de estas fuerzas a una ac-

ción por el poder a cualquier costo, aun al costo del abandono de los proyectos movilizadores de izquierda que les dieron origen⁸.

El tema colombiano plantea una situación surgida de la complejidad que venimos analizando. En la fase actual, la dinámica está situada en los componentes armados del sujeto en comparación con el repliegue relativo de los no armados. Esta situación es móvil, porque la agudización de la crisis económica y social que se expresa en recesión y desempleo, despidos y fuga de capitales, quiebra del presupuesto y costoso endeudamiento público, además del altísimo costo de la guerra interior, provoca, inevitablemente, la protesta social de masas y las nuevas experiencias de paro cívico, movilización y negociación que cuestionan el modelo económico y político dominante. La agenda socio-política, resumida en los 41 puntos del Comando nacional unitario⁹ y la Agenda Común, convenida entre gobierno y Farc en El Caguán, muestran temas cercanos, puntos de convergencia sobre las prioridades a abordar y coincidencia en la necesidad de soluciones adecuadas a la crisis de estructura del país.

Partimos de la base de que son posibles los procesos revolucionarios, aun bajo las condiciones de la globalización. El creciente intervencionismo de EEUU en socorro de sus aliados estratégicos, para buscar una paz al estilo centroamericano, amenazar con actuar o hacerlo militarmente y, en todo caso, usar la presión económica para consolidar el modelo globalizador neoliberal y desmontar la lucha revolucionaria, son datos de la realidad que deben estar presentes al analizar las posibilidades de una vía insurreccional. Cambiaría el contenido del conflicto en una lucha de liberación nacional, a la vez que haría más complejo el tipo de solución con una potencia externa en trance de reacomodar su hegemonía global¹⁰.

La unidad estratégica del sujeto transformador, tanto en sus componentes armados como en los no armados, puede ser el factor articulador de la vanguardia colectiva, el que ayude a asegurar el alto nivel de conciencia y la coherencia necesaria para impulsar un programa de transición para superar la crisis nacional, determinada por el eventual colapso del régimen político y la intervención externa. La capacidad de acumulación de masas de la

8. Está claro que se trata de una noción limitada del poder político electoral que, en la mayor parte de las veces, deja en pie el modelo económico y social neoliberal dependiente, el control de los medios masivos y del poder militar real. Esta estructura de dominación es, justamente, la que está en discusión y la que debe ser modificada por la lucha social y política transformadora.

9. Se refiere al pliego levantado en el paro cívico del 31 de agosto de 1999.

unidad estratégica puede dar la medida de la profundidad de los cambios. La fuerza de masas de la unidad estratégica puede definir parámetros más anchos para las conquistas sociales, democráticas, los cambios en el modelo económico, en el papel de las fuerzas armadas y en el establecimiento de nuevas relaciones de poder. En las condiciones de un país con recursos y riquezas propios como Colombia, un sujeto revolucionario calificado puede alcanzar una parte sustantiva del poder social, económico y político, local y, nacionalmente hablando, un proceso de cambio político con una fuerte intervención popular.

El momento de la solución política negociada no puede menospreciarse. La salida negociada es compromiso. En las circunstancias del viraje, cuando hay giros favorables a la potenciación de una nueva hegemonía popular en surgimiento, en los límites de la acumulación de fuerzas posible, hay que decidir para consolidar avances y neutralizar el intervencionismo. En las condiciones actuales, el compromiso puede implicar una parte del poder, no sólo local como postulan algunos, sino en su proyección nacional. El compromiso puede abarcar desde el modelo económico y sus mecanismos de gestión, hasta las fuerzas militares, el parlamento, los medios de comunicación, la reforma agraria, la política energética y la institucionalización de los acuerdos por la vía de una nueva Constituyente. Sobra decir que esta perspectiva reafirma el papel decisivo de la fuerza de masas del movimiento revolucionario, entendido en sus diversos componentes socio-populares, etnoregionales y político-militares.

-
10. La intervención de EEUU, bajo cualquier forma, afecta una región subcontinental especialmente afectada por la crisis económica y social en la misma medida en que la integración andina tiende a ejercer un efecto dominó entre países profundamente interconectados histórica, cultural y económicamente, como son Colombia, Venezuela y Ecuador. Este último país, junto con Perú y Bolivia, han sido objeto, también, de distintas modalidades de ingerencia estadounidense so pretexto de la lucha antinarcóticos. Panamá vive el proceso de restitución de su soberanía sobre el Canal en medio de la presión de Washington por consolidar pretextos para legitimar su permanencia, más allá de los términos especificados. La tesis de que Colombia representa una “amenaza regional” encaja, perfectamente, en la concepción de asumir un motivo esencial que justifique actuar en orden a asegurar los objetivos estratégicos de la seguridad nacional de EEUU concebidos como el peligro de la pretendida “narcoguerrilla”. Los procesos que se desarrollan en Venezuela son causa de preocupación mayúscula para los estrategas de la Casa Blanca. Crear un foco de tensiones en la región es un objetivo clarísimo y concreto de la potencia hegemónica en la región.

El otro punto de la solución negociada para la unidad estratégica son las garantías para el proceso en el largo plazo. No puede haber confianza en la verificación institucional o de la comunidad internacional, dados los antecedentes históricos colombianos. Las guerras sucias, históricamente, han procedido a la liquidación de las generaciones transformadoras, de los cuadros activistas con arraigo social y apoyo de masas, para frenar la capacidad de lucha, de resistencia y defensa de lo conquistado por los trabajadores. La erosión provocada en el sujeto retrasa decenios el desarrollo social. Evitar el caso *Unión Patriótica* se convierte en una condición que no puede conseguirse al precio de abandonar los objetivos transformadores. El único que merece pagarse en lo sucesivo es el desmonte del terrorismo de Estado y de su cobertura paramilitar. Esto exige la lucha ideológica y política más decidida frente al fascismo y todas las concesiones que el espíritu liberal termina haciéndole, para que adquiera tan fuerte peso en la estructura estatal y en el seno de las fuerzas armadas. Derrotar el fascismo, institucionalizado y silvestre, es una condición decisiva de la lucha por las garantías. Desde el punto de vista de las garantías, deben considerarse los mecanismos que protejan y permitan actuar con confianza al pueblo en todo un período de transición de la guerra y la barbarie a un nuevo país. La permanencia de los mecanismos de garantía, que algunos sectores identifican con la permanencia de los factores armados, no desmovilización y no entrega de armas, requiere un gran respaldo de masas y de medios de control social para contener cualquier desbordamiento. La forma más acertada de resolver este problema es la conformación de un gobierno de reconstrucción y reconciliación, de carácter pluralista, que garantice el cumplimiento de los acuerdos y la transición a un nuevo régimen político y social en beneficio de las mayorías populares. El objetivo de la transición con garantías debe ser claro: asegurar la cristalización de un cambio hacia una nueva cultura democrática, basada en nuevas reglas que aseguren la igualdad política real, el libre juego para todos los sectores representativos del pueblo y el desarrollo, sin escamoteos, de las reformas sociales, económicas y políticas, de la reforma agraria democrática, necesarias para afianzar la convivencia. En esa nueva cultura democrática, las opciones de acceso al poder para aquellas fuerzas dispuestas a avanzar más allá del capitalismo deben ser claras.

De allí que la mejor garantía de un proceso de solución política es la formación de un gobierno pluralista, con participación del movimiento insurgente, de sectores populares y, naturalmente, de los sectores tradicionales como parte de un compromiso histórico para avanzar, en soberanía, hacia una nueva sociedad.

En cuanto al sujeto que asume la posibilidad de materializar, desde el poder político, pleno o compartido, su proyecto histórico, la tarea no es pequeña. ¿Cómo asegurar el poder en un sólo país bajo las presiones e interferencias determinadas por los intereses del entramado transnacional, el poderío de EEUU y las presiones globalizantes que desnacionalizan los estados? El sujeto que nace de una unidad estratégica con fuerte incidencia de masas y visión teórica cualificada debe tener claros los objetivos del corto, mediano y largo plazo. La globalización económica exige un modelo propio de inserción en ella, que no puede confundirse con el dejarse llevar por la corriente de las poderosas fuerzas del mercado, el control transnacional y el peso decisivo del capital financiero. La inserción en la globalización mediante un modelo propio, exige normas precisas de funcionamiento del mismo. Ante todo, el papel del Estado, principal herramienta de la construcción económica y político social; las formas de regulación de las inversiones extranjeras, de los negocios privados, de las empresas públicas estratégicas y de las empresas de la economía solidaria; las relaciones entre el desarrollo nacional y regional; la línea de explotación y comercialización de los recursos energéticos; la reforma agraria y la regulación del control sobre la propiedad de la tierra; los incentivos a la producción agrícola; las medidas de conservación y preservación del medio ambiente natural y de los recursos hídricos. El otro aspecto de la inserción en la globalización mediante un modelo propio, es el desarrollo de formas activas de la intervención ciudadana en el poder, la libertad política para el pueblo, la constitución de nuevas formas decisorias de poder democrático. El tema de la democracia no subyace, como lo piensan algunos, en su sola radicalidad, al margen de su eficacia, de su vinculación con la educación cotidiana y el cambio de las costumbres políticas asociadas a la dominación fundada en la violencia del poder. Inventar esa democracia propia, que no sea “calco ni copia”, es una tarea del sujeto revolucionario, es decir, del pueblo en movimiento.

Finalmente, es imposible concebir una perspectiva de resistencia y de alternativa a la globalización neoliberal sin proponerse el objetivo concreto de la integración latinoamericana y caribeña. En las condiciones de hoy es necesario potenciar las enormes reservas representadas por las riquezas naturales, el desarrollo cultural, la integración en infraestructura y comunicaciones, entre otros aspectos, que significan la capacidad de sumar esfuerzos y capacidades, en una escala hasta ahora no ensayada, históricamente, en el continente. Crear nuestro modelo de desarrollo propio, por una vía no neoliberal, en una proyección no capitalista y socialista es posible desde esta concepción global de la unidad que nos permita pensar en grande y romper las barreras de la dispersión y el sometimiento que han favorecido la domi-

nación imperialista. Estas tareas plantean una inteligencia del sujeto en dimensiones que sobrepasan el marco de lo puramente nacional y reclaman una visión suficientemente capaz de prever una nueva emancipación integradora y solidaria.